

## el festival de música contemporánea (III)

CON el presente artículo terminamos los que pensábamos dedicar a un acontecimiento de la importancia de este Festival. Corresponde hoy comentar el último concierto, dirigido por Enrique García Azénso, celebrado en el María Guerrero y compuesto por obras de Domenico Guàccero, italiano; Alberto Ginastera, argentino; René Koering, francés; Krzysztof Penderecki, polaco, y Falla. Actuaron como solistas José María Seoane, recitador; José Antonio León, barítono; René Koering, en doble calidad de compositor e intérprete, y Jesús López Cobos, como director de los coros de la obra de Penderecki. En la obra de Falla —que era "El retablo de Maese Pedro" en su versión escénica— lo fueron Isabel Penagos, José María Higuera y Antonio Campó, con la compañía de marionetas "Albatros", actuando como regidor Ignacio Rubio y como director de escena Modesto Higuera.

La obra de Guàccero, "Iter inverso", se refiere a otra anterior suya, "Un iter sognato", en la que se partía de un sonido fragmentado en piezas pequeñísimas y veloces, para llegar a la monodía final. Aquí es el camino contrario el que se emprende. Hemos de decir que la versión —por una falta de ensayos que suele ser moneda corriente en todo tipo de Festivales, pero que en éste se vio aumentada en forma excesiva— no permitió percibir esta estructura general de la obra, con lo que ésta quedó a la vista del público, más como un material de un evidente interés e imaginación —siempre presente en Guàccero— que como obra coherente.

Seguía a esta obra "Bomarzo", de Alberto Ginastera. Consta de seis partes y está escrita para recitante, barítono y conjunto de cámara, sobre un texto del escritor Manuel Mujica Láinez, quien toma para su trabajo la figura de Pier Francesco Orsini, duque de Bomarzo, personaje renacentista cuya misteriosa vida y complicada psicología más parece apropiada para un estudio psicoanalítico que como sujeto de una obra artística.

La obra es evidentemente ambiciosa, quizá en exceso, con lo que se convierte en pretenciosa, posiblemente por culpa del texto, demasiado hinchado y retórico, retórica e hinchado que se comunica a la música, dando como resultado una obra acartonada, en la que, sin embargo, se encuentran detalles de belleza musical innegables, si bien puestos al servicio de un espíritu demasiado «científico» o «misterioso del más allá», como para ser tomado excesivamente en serio. El terror o la angustia tienen un valor expresivo evidente y legítimo, pero es preciso emplearlos con profundidad y no como ejercicio declamatorio.

La obra «Combat T.N.», del francés Koering, es aún una producción muy inmadura como para poder ejercer un juicio definitivo sobre su autor, que cuenta sólo veintinueve años de edad. Se trata de una obra fundamentalmente expresionista en cuanto estilo y forma, expresionismo muy cercano al del primer Boulez —al de su «Segunda Sonata» para piano—, pero sin la perfección de éste. Sin embargo, en Koering hay una vena a ratos humorística, a ratos desgarrada que en un futuro ha de tener interés, cuando alcance todo su desarrollo.

Seguía la que fue la obra sorpresa de la noche, el «Stabat Mater» de Krzysztof Penderecki. Penderecki, con sus treinta y dos años, es uno de los compositores más interesantes, no sólo de la escuela actual polaca, sino del panorama general musical. Con una carrera vertiginosa a sus espaldas —se ha impuesto en los ambientes musicales de vanguardia en menos de siete años—, sus obras despiertan siempre un lógico interés. Hasta el momento presente su música se movía dentro de un terreno experimental, en el que el ruido y el sonido —a través de un uso, a veces muy logrado, pero siempre inusitado, de los instrumentos de cuerda— se amalgamaban para formar un todo coherente. En el terreno coral sus «Dimensiones del tiempo y del silencio», eran en verdad obra clave, con su uso del coro como productor únicamente de fonemas y no de palabras.

Penderecki ahora en su «Stabat Mater» parece intentar otra vía, a saber: la síntesis entre sus adquisiciones anteriores y una tradición, entendida no como repetición o retorno, sino, más bien, como pretexto para hacer algo nuevo y distinto. «Polymorphia», su obra para solistas de cuerda, había llamado la atención por presentar como final, después de períodos enteros de la más extrema osadía, un acorde de do mayor. En esta misma línea está su «Stabat Mater» que comienza con un material que casi podría ser gregoriano, para ir sumergiéndose en una música cada vez más actual, para terminar en la pura invocación hablada. Decla Witold Lutoslawski, compositor, el más importante de la actual generación polaca y su representante en la SIMC, que este «Stabat Mater» pertenece a una obra más amplia —una «Pasión según San Lucas» que Penderecki compone en la actualidad. Dentro de ella, los elementos a primera vista dispares de la obra, se han de fundir en un todo armonioso. Posiblemente tenga razón, pero en la actualidad este «Stabat Mater», con todo su evidente interés, parece una fórmula de compromiso entre direcciones que difícilmente se pueden imaginar como conciliables.

El concierto terminaba con «El retablo de Maese Pedro», de Falla, obra que por pertenecer al repertorio universal hace inútil cualquier presentación o crítica.

Restanos hacer alguna consideración en torno a lo que este Festival haya podido suponer en nuestro ambiente musical. Al margen del hecho cierto de la definitiva presencia de la actual música española en el panorama musical mundial —no como individualidades más o menos afortunadas, sino como movimiento—, nos interesa hacer resaltar lo siguiente:

La existencia de un movimiento musical actual era algo que no por repetido hasta la saciedad por quienes en él creen acababa de estar aceptado. Los escasos conciertos que en Madrid se celebran con esta música y el hecho de que los mismos siempre o casi siempre están protagonizados por jóvenes —que ya empiezan a no serlo tanto—, no sólo en el terreno de la creación, sino incluso en el de la organización, permitía pensar a quienes vegetaban con la mirada puesta cómodamente en el pasado, que no se trataba de algo consistente y serio, sino más bien de una inquietud pasajera y que bastaba esperar para que las aguas volvieran a su cauce, esto es, a los buenos tiempos pretéritos. La triple actividad de esta temporada —el Festival de América y España, la I Bienal Internacional de Música Contemporánea y este Festival de la SIMC— no puede ya dejar margen a una tal postura, sino que ha de obligar a tomar conciencia de una realidad que está ahí y a la que es inútil negar. Naturalmente, lo que decimos no presupone ni calidad ni ausencia de ella en las obras escuchadas. Lo que sí decimos y afirmamos es la presencia de un movimiento coherente y poderoso que espera ser atendido entre nosotros por quienes tienen la obligación de hacerlo.

LUIS DE PABO

## las cien espadas de damocles y el sindicato de automovilistas

EL mayor tanto por ciento de compradores de vehículos se deciden a motorizarse para resolver por sí mismos unos problemas de transporte que no solucionan los Ayuntamientos, porque los servicios urbanos son deficitarios. Si se compraran menos automóviles, más servicios deficitarios habría que instalar. Por lo tanto, si los vehículos particulares, por el solo hecho de existir, ahorran dinero municipal, ¿por qué hacerles contribuir con tasas especiales?

El fenómeno social de los medios propios de transporte en España está siendo objeto de múltiples preocupaciones de la Administración. Las disposiciones lueven sobre los vehículos y sus conductores como nube de flechas sobre un mismo blanco, de tal modo que algunas chocan entre sí.

CIERTO que al automovilista le asombra su contribución al Erario público como tal propietario de coche; pero paga y se olvida. Hay algo más chocante que los impuestos: las preocupaciones que acepta el señor que se motoriza. Abundante burocracia de ventanillas, registro de Tráfico, registro de Obras Públicas, registro de Hacienda, registro de Industria y atención a la Cédula de Identificación Fiscal situada en lugar bien visible; revisión y canjeo del permiso; portar siempre el certificado del seguro (o la póliza todavía) y larga serie de documentos, según los casos; colocar en el parabrisas el disco horario de la zona azul; cambiar de sitio cuando llega la hora; y la novedad: poner a la vista el cartón para aparcar.

TENEMOS la esperanza que de este «cocktail» de preocupaciones salga un día la solución unificada, coordinada, barata y feliz.

La Administración ahorrará millones, utilizables para otros servicios, el día que se centralice en un solo organismo todo lo relativo al automóvil, la circulación y el conductor, a excepción —como es lógico— de los procedimientos judiciales.

Quizá entonces habrá empleos que tengan que renunciar a ciertos beneficios, pero acaso les vengan por otros caminos, porque lo que es de justicia nadie debe perderlo.

AHORA son cien espadas de Damocles las que penden sobre la cabeza de los automovilistas. ¿No es posible brindar más tranquilidad al conductor? Porque según van las cosas, en lugar de estar el coche para uno, está uno para el coche. Y esto es un atraso, porque el tiempo que se ahorra en los desplazamientos, se pierde en atenciones para el correcto uso del vehículo.

Un lector de mis cosas, abogado madrileño, me ha brindado la idea de reproducir en España el Sindicato Nacional de Automovilistas que en Francia existe. Dice mi comunicante que no le cabe duda de que todo se estudia y resuelve con el mayor celo; pero que las normas vienen dictadas, sin oír suficientemente al automovilista, que es quien se encara diariamente con el problema del tráfico.

Mi comunicante sugiere que los propietarios de automóviles se agrupen en una asociación popular que proponga y estudie soluciones concretas sobre diversos asuntos, desde el punto de vista del usuario. Posiblemente esta asociación de conductores pueda desarrollarse a través del Real Automóvil Club de España. Quizá hasta sea obligatorio realizarla por este medio.

El RACE evidentemente ha trabajado siempre en favor de los automovilistas en muchas disposiciones oficiales. Acaba de fallecer uno de los consejeros que más desvelos personales se tomó por estas cuestiones, don Manuel Arias Paz, autor de libros técnicos que todo buen aficionado tiene en su biblioteca. Pero, aunque el RACE representa a la flor y nata de los automovilistas, con cerca de 17.000 socios en Madrid, puede llegar un día en que sea el nexo que una a todos los conductores, sin excepción, para defensa de sus derechos. Actualmente supone el RACE la máxima representación de los automovilistas españoles; pero el camino que lleva emprendido con el impulso de su actual presidente, el conde de Motrico, desembocará sin duda en esa gran asociación que propugna el referido lector.

LUTKE



Uno de los mejores elementos de unión entre automovilistas lo constituirá el Autódromo de Madrid, Circuito del Jarama, cuyas obras van muy adelantadas. Abundante maquinaria realiza los movimientos de tierra para dar celeridad al primer gran centro permanente de reunión para automovilistas. Las obras estarán terminadas a fin de año. (Foto MOTOR PRESS)